

40 AÑOS DE EDUCACIÓN EN EL MNA

Los orígenes

Glenda Cabrera*

Mi ala está pronta al vuelo,
Vuelo voluntariamente atrás,
pues si me quedase tiempo para vivir,
tendría poca fortuna.

Gerhard Scholem

Son muchos años los que han pasado; generaciones de educadores van y vienen, así como generaciones de niños y jóvenes, y la labor educativa del Museo Nacional de Antropología pervive: está impregnada en sus paredes, en su espacio, en sus colecciones, en sus pinturas, en su majestuosa fuente. Sí, porque no podemos negar que este museo, al igual que muchos otros espacios culturales de los años sesenta, formó parte de un concepto diferente de lo que se entendía por fenómeno educativo.

Sabemos que desde su origen fue concebido de esta manera, integrando un espacio educativo donde se atendería a la población escolar, con la finalidad de darle a conocer la grandeza de nuestras culturas ancestrales. Fue una idea realmente importante, auspiciada por el entonces secretario de educación, el poeta Jaime Torres Bodet. Asimismo, su concepto fue excesivamente cuidado, desde su ubicación en el sótano del edificio, hasta la planeación de sus espacios, todos ellos de grandes dimensiones para crear una sensación de libertad entre los pequeños visitantes.

Desde el punto de vista didáctico, sus paredes fueron cubiertas por los increíbles murales "Ronda del tiempo", de la pintora Fanny Rabel, en los que presenta el manejo simbólico de la historia de México mediante una composición que utiliza personajes infantiles, niños que representan los sueños y la búsqueda, la realidad y el imaginario de un pueblo, nuestro pueblo. Por otra parte, en el área de talleres fue colocada otra pintura, "La vida cotidiana de los Mexicas", de Regina Raull, quien con suma destreza recreó plásticamente la vida infantil en esa sociedad; llena de trazos finos, la obra nos acerca al espíritu de nuestros antepasados. Con estos elementos, el espacio educativo resultó ser muy atractivo, pues la ambientación pictórica le dio un toque cálido y de identidad con el pasado.

Por otra parte, la organización del espacio educativo daba un dinamismo especial al museo. 17 chicas capacitadas especialmente durante más de año y medio en diferentes áreas de conocimiento como la antropología, la arqueología, la etnografía, la historia y la didáctica, se integraron al equipo de asesoras educativas que atendería a la población infantil y docente de México. Perfectamente uniformadas con diseños de alta costura especialmente confeccionados por El Palacio de Hierro, estas jóvenes profesionistas dieron inicio a sus actividades en un horario de martes a domingo, trabajando hasta las 10 de la noche, pues la misión del museo iba encaminada a que la población asistiera a este recinto después de trabajar. Cabe mencionar que la coordinación del espacio educativo estuvo en manos de la señora Cristina Bonfil, quien acertadamente realizó la planeación académica y consolidó un sueño por mucho tiempo acariciado: ser el primer espacio museístico creado con ese fin, que contaba además con una infraestructura especialmente diseñada para el trabajo educativo.

Es importante destacar que en los diarios del país se habló de la organización tanto del equipo de asesoras como de guías, enfatizando que eran 53 "multilingües todas y diplomadas universitarias en su mayoría [...] con mucha seguridad y no menos encanto [...] (algunas se dice hablan maya), son las encargadas de orientar a los visitantes". Por lo que se lee, los asistentes al museo fueron muchos desde sus primeros días, se habla de grupos de 100 personas escuchando las explicaciones acerca de Mesoamérica y la prehistoria, las civilizaciones antiguas y la cultura indígena.

Asimismo, los grupos de niños llegaban al museo y entraban a sus instalaciones a través de una rampa ubicada en la parte inferior

de las escaleras de acceso al inmueble. Escuelas nocturnas y para trabajadores se dieron cita en este espacio cultural. Además de la visita guiada, el departamento de servicios educativos ofrecía en aquél entonces funciones de teatro guiñol.

En este sentido, es innegable que el proyecto cultural de la época concibió la educación como un factor fundamental para acercar a la población al conocimiento de su historia, de su pasado, de su ser.

El análisis minucioso de las propuestas museográficas, museológicas y educativas de 58 museos del mundo como el Louvre, el Museo del Vaticano, la Galería Pitti y el de Belgrado, por mencionar sólo algunos, se vio magníficamente cristalizado en el contenido y el continente del Museo Nacional de Antropología, ejemplo de modernidad y vanguardia museística de la época.

No se puede dejar de mencionar que esta tarea fue promovida por Jaime Torres Bodet, lo que posibilitó al equipo de arquitectos concebir particularidades del discurso museístico. Según refiere el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, la etapa de investigación de los 58 museos se dividió en varios ejes, los cuales darían una visión

integral de lo que pasaba en el mundo: por un lado el aspecto arquitectónico y técnico, y por el otro el educativo. Este último estuvo a cargo del arquitecto y arqueólogo Ricardo Robina, quien visualizó el espacio del museo como una instalación eminentemente educativa.

Gracias a estos primeros visionarios, hoy contamos con este departamento, donde la práctica cotidiana va formando cuadros especializados de educadores de museos. ↵

*PEDAGOGA. ASESORA EDUCATIVA. MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA.

RETROALIMENTACIÓN

Mi experiencia en el museo...

Verónica Frías*

Hace cuatro años, me dedicaba a la promoción cultural en el Museo de El Carmen, hasta que un día me encontré en el claustro del convento a un grupo de escolares guiados por uno de los asesores. Después de escucharlo un rato, me pregunté: ¿Será difícil ser educador de museos? ¿Qué tan difícil es instruir a niños y jóvenes? Fue entonces cuando tomé la decisión de solicitar una comisión para integrarme a los Servicios Educativos.

Para ello, empecé a capacitarme estudiando con ahínco la historia del inmueble y de quienes lo habitaron. En la medida en que iba profundizando en el tema, me di cuenta de la importancia que tuvo la orden religiosa de los Carmelitas Descalzos en el México del siglo XVI. Una vez que aprendí más sobre el lugar y la vida de los frailes, mi meta fue prepararme para comunicar este conocimiento a los alumnos que acudían al museo. Así fue como comencé a hacer oficio y después profesión en la asesoría educativa.

Ser asesor educativo en el INAH no es una tarea sencilla. En varias ocasiones escuché a mis compañeros hablar sobre la necesidad de profesionalizar las acciones que realizamos, así como de buscar otra manera de trabajar con los grupos para no caer en métodos de enseñanza rígidos, lo que me llevó a interrogarme ¿Cuáles serían estos métodos? Inmediatamente recordé mi experiencia en el aula, donde ciertas clases eran tradicionales y aburridas; me hacían asumirme como receptor del maestro que hablaba, hablaba y hablaba, siendo tan sólo un emisor... Eso era lo que entendía como un sistema

rígido. Como no deseaba repetir esta práctica al atender a los estudiantes, pensé que su experiencia en el museo tendría que ser relevante; que si no relacionaban su vida, sus valores y sus significados con los contenidos, los objetos y el espacio, la visita no funcionaría.

Hoy en día, gracias a los cursos especializados que se imparten para quienes laboramos en el área educativa, hemos avanzado en la definición de las visitas guiadas, en las actividades que programamos, así como en la búsqueda de mecanismos que propicien la interacción entre el espectador, el recinto, la obra, la museografía y el personal de servicios educativos. Todo esto con el fin de que el público descubra otras forma de ver, de conocer y de conducirse por un museo. ↵

*ARQUEÓLOGA. PROMOTORA ESPECIALIZADA EN DIFUSIÓN CULTURAL DEL MUSEO DE EL CARMEN.